

La complejidad de la crisis política Dos comentarios.

1

Gianfranco Pasquino: *Crisi dei partiti*, Bolonia, Il Mulino, 1980.

“Me parece importante un debate como el desarrollado sobre gobernabilidad y las propuestas sobre reformas institucionales, vinculado seguramente a instrumentaciones políticas de las partes”, escribe Gianfranco Pasquino en *Crisi dei partiti e governabilità*.

El politólogo acepta conscientemente el desafío de dar consistencia y sistematización científica a temas largamente utilizados por los periodistas. El resultado se presta a evaluaciones diferentes según hayan sido las expectativas. Indudablemente se ha logrado la fusión del lenguaje cotidiano con un aparato analítico que se desenvuelve con gran seguridad en la bibliografía científica más calificada. Desde este punto de vista, el libro es en sí mismo un significativo documento del “estado de la cuestión” de los temas enunciados en el título. Y Pasquino demuestra que sabe afrontarlos utilizando con solvencia el bagaje ya vasto de nociones e instrumentos acumulados en la investigación, sin caer en esoterismos.

Existe, sin embargo, otra perspectiva de lectura, más exigente, que remite al planteo de fondo que sustenta toda la obra. Mis observaciones se moverán en esta visión, con la convicción de que la atención crí-

tica al planteo sirve para explicar muchas tesis del libro aparentemente dictadas por la simple observación de los hechos.

Es significativo, para comenzar, que Pasquino no sienta la necesidad de definir previamente el concepto de “crisis” desde un punto de vista general y referido a los partidos. Lo usa en el sentido intuitivo, discursivo, corriente.

La “crisis” es parte o momento real de los procesos en acto, más que una categoría con la cual se pueda interpretar u organizar conceptualmente dichos procesos. Se trata tal vez de una elección sabia para evitar un juicio definidor, que no ofrece salidas satisfactorias. Pero adoptar el significado corriente significa incorporar todas sus ambigüedades. El autor, en efecto, se mueve con una pluralidad de significados de crisis. O bien está polémicamente vinculado con el de transformación (como en el caso de la transformación/crisis del partido), o es indicador de fenómenos particulares analíticamente distintos (crisis de reclutamiento, de identificación, de asentamiento, de representación, siempre en referencia a los partidos), o es expresión sintética o culminante de una tendencia que se presta a varias interpretaciones teóricas (crisis de gobernabilidad de Rose, crisis de la democracia de Huntington/Crozier, crisis de la legitimidad de Habermas).

No hace falta decir que este uso discursivo y polivalente del concepto de crisis tiene un efecto de desdramatización. En definitiva —parece sugerir Pasquino— todo lo que la conciencia común y los científicos sociales, con distintos significados, llaman “crisis”, puede reducirse al impacto de transformaciones, instancias, demandas sociales contra un sistema social que se demora en responder. Crisis en sentido catastrófico sólo si y cuando el sistema no pudiera responder en absoluto. Pero éste no es todavía el caso italiano.

Con estas observaciones hemos llegado ya al núcleo que sustenta el esquema interpretativo del libro: el esquema pregunta-respuesta, input-output. De qué manera sobre un esquema aparentemente tan simple se construye un análisis muy articulado en torno de los temas de la transformación de los partidos, de la gobernabilidad y de la propuesta de reformas constitucionales, es algo que debemos examinar más de cerca.

Tres de los cinco capítulos del libro tratan de manera específica los partidos, interpretando la situación italiana a la luz de hipótesis interpretativas comprobadas y verificadas en otros contextos internacionales. La tesis de fondo es que, a pesar de las evidentes dificultades de funcionamiento de todos los sistemas de partido actuales, es “por lo menos prematuro hablar de crisis de los partidos”. En particular, no se ha registrado en Occidente ningún caso significativo de desaparición de un partido “viejo” o de surgimiento y consolidación de partidos nuevos, con excepción del Partido del Progreso dinamarqués. El propio Partido Radical Italiano, al que Pasquino en un primer momento (en los primeros ensayos del volumen) parece acordar gran crédito, resulta finalmente redimensionado en su signifi-

cado innovador. Lo que corrientemente se denomina “crisis de los partidos” es más bien el señalamiento de problemas de naturaleza distinta, aunque convergentes: el debilitamiento y/o la transformación de los vínculos entre partidos y electores, la inadecuación de las organizaciones partidarias ante la presión de un contexto social fuertemente cambiante, la modificación de las formas de competición entre las fuerzas políticas. Esto es válido en particular para los grandes partidos de masa más expuestos que otros a nuevas demandas sociales que pretenden una respuesta.

Por lo tanto, no crisis del partido de masas clasistas, por lo que concierne al módulo de organización interna y de distribución del poder, sino demandas más intensas que en otras partes de adaptaciones estimuladas por el módulo preexistente, y, al mismo tiempo, demandas de mayor flexibilidad en las relaciones con las organizaciones colaterales, producidas por el tipo distinto de militancia que surgió sobre la ola de los movimientos colectivos y de la mayor complejidad social. El hecho de que estos problemas sean menos agudos para los partidos de cuadros, para los partidos burgueses, para los partidos de masa denominacionales, no demuestra en absoluto que estos partidos sean más democráticos, más modernos, que estén a la altura de las nuevas demandas. Si su crisis parece menos aguda es porque también sus potencialidades son más limitadas y porque así son percibidas por sus públicos (pp. 24-25).

De la cita transcrita surge con nitidez el lugar decisivo que se asigna a las “demandas sociales” para explicar la dinámica política. Digamos ya que el autor no parece muy preocupado por definir los contenidos de dichas demandas, de tal manera le resultan evidentes. Las referencias a

los movimientos colectivos, en su punto alto de principios de los años setenta y en sus efectos de mayor duración, le parecen suficientes. Aunque sea con cierta cautela, hace suya la tesis de la progresiva afirmación, también en el contexto italiano, de los valores "posmaterialistas".

Es el surgimiento de demandas cualitativamente nuevas de las cuales se han hecho portadores diversos grupos, que van de los ecologistas a los antinucleares, de las feministas a los grupos por la liberación de las drogas ligeras, a todos los grupos que germinan alrededor de problemas particulares: la casa, la inflación, el hambre en el mundo, etcétera (p. 97).

Por el contrario, "los partidos raramente se atreven a presentar soluciones a las demandas que surgen, o a agregarlas a programas creíbles de intervención y actuación" (*ibid.*).

Para traducirlo en un código más abstracto, los partidos se encuentran en medio de una doble crisis: de input del lado de la sociedad civil de la cual provienen las demandas, y de output del lado del aparato estatal que no sabe producir decisiones. De aquí proviene la crisis de representación de los propios partidos. En otro pasaje, el autor distingue entre el aspecto cuantitativo de las demandas (que crea "sobrecarga") de su cualidad. El sistema italiano logra en el corto plazo soportar esta presión, eludiéndola: sin embargo, de esta manera sienta las bases para una crisis emergente de legitimidad del sistema de los partidos (p. 91).

Pero en este punto es necesario diferenciar el análisis de los partidos individuales. Pasquino dedica muchas páginas a los tres grandes partidos italianos (Democracia Cristiana: DC, Partido Comunista Italiano: PCI, y Partido Socialista Italiano: PSI) y añade significativas referencias al Partido Radical. Si bien, obviamente,

el esquema interpretativo de fondo sigue siendo el bosquejado más arriba, ahora el discurso se adhiere más a la realidad concreta de las fuerzas políticas. El juicio sobre la DC es negativo respecto de su capacidad para desempeñar la función de barómetro del sistema de gobierno desarrollado hasta ahora, "porque la mediación interclasista ha mostrado sus límites culturales y gestionales, y porque los recursos indispensables de este modo de gobernar tienden a deteriorarse" (p. 44). De estas dificultades no saca directamente beneficios el PCI, tradicional partido antagonico de la DC. En realidad, también el PCI tiene grandes problemas de input, relacionados con la expansión de su base electoral, lo cual hace más difícil una agregación unívoca de intereses. Dentro del PCI, de hecho, es más aguda que en otras partes la tensión entre antiguas y nuevas demandas, entre necesidades tradicionales "materialistas" y nuevas necesidades "posmaterialistas". Acerca del PSI, el juicio de Pasquino es severo. A mitad de camino entre los modelos organizativos de los dos partidos principales (la DC estructurada sobre oligarquías de corrientes con fuerte capacidad de adherencia a terrenos sociales fragmentados y el PCI, sustancialmente estructurado todavía en torno del centralismo democrático a pesar de importantes atenuaciones), el PSI aparece organizativamente como un híbrido, viciado por dualismos irresueltos (partido de opinión y de aparato, de movimiento y de administración local, centralizado y regional, etc.).

No consigue consolidar, en un programa de renovación, ideas, hombres, sectores suficientemente vastos. Su insuficiencia se encuentra, entre otras, en las raíces de la ingobernabilidad del caso italiano, no pudiendo decidirse, si no es pagando un precio

muy alto, entre una alianza clara con el PCI o con la DC; repetidamente está constreñido a teorizar el estado de necesidad y a avalar el escaso compromiso de algunos de sus componentes en la obra de gobierno (p. 60).

Más allá de la plausibilidad de estas consideraciones, vale la pena observar que en el juicio de Pasquino tiene mucho peso el fracasado aprovechamiento por parte del PSI de posibilidades negadas a los otros partidos. Es decir, el PSI sería la fuerza política con mayores posibilidades de responder a las demandas sociales, un partido que habría podido desempeñar el papel de "partido federativo de los movimientos colectivos, según el modelo del Partido Socialista de Mitterrand". En cambio, ha perdido su oportunidad, entregando "su electorado potencial y sus posibilidades políticas de agregación a Pannella, contribuyendo a la fragmentación del sistema partidario y a la inagregabilidad de las demandas" (p. 47). ¿Volvería Pasquino a suscribir hoy estas afirmaciones? La pregunta no es impertinente. Tampoco tiene por objeto posibles falsificaciones sobre la base de acontecimientos propios de la crónica política que podrían conducir, mañana mismo, en otras direcciones. Pero el *quid* está aquí: en muchos pasajes, el análisis de Pasquino parece demasiado ligado a las contingencias de la crónica política. No faltan imperceptibles variaciones de juicio, como por ejemplo a propósito del Partido Radical y del uso del referéndum propugnado por aquél. Después de haber percibido en uno y otro poderosos medios de desafío y renovación del sistema político esclerosado, el autor se ve obligado a registrar su rápido deterioro. No se trata, por cierto, de incoherencia subjetiva. Es más bien el costo de un esquema interpretativo de fondo (demanda social *versus* res-

puesta institucional) demasiado amplio para articular las contingencias políticas concretas.

En los dos capítulos de conclusiones, dedicados a la gobernabilidad y a las propuestas de reforma, el autor hace un análisis más complejo, teniendo en cuenta las insuficiencias de los movimientos colectivos y de su inmadurez política. Se llega así a una definición de la ingobernabilidad:

el caso de ingobernabilidad está caracterizado por la aparición casi simultánea de elementos de crisis en lo que respecta a la sustitución de las funciones por parte de algunos componentes respecto de otros, y por la crisis de representatividad de las instituciones de gobierno y de las organizaciones partidarias. El resultado en su conjunto está constituido por la falta de coordinación entre los distintos componentes y por una fragmentación de los o en los componentes. Así, la ingobernabilidad es el producto de la falta de sintonía y sincronía (p. 127).

¿Qué hacer? Pasquino excluye decididamente la receta del "enfriamiento" de las demandas sociales, con la consiguiente despotenciación de las instancias de control y participación democrática.

Por el contrario, la solución sería buscada en una mayor representatividad, democraticidad, participación. Solamente en una perspectiva de "relanzamiento de la lucha política y del conflicto social" se vuelven plausibles también correcciones constitucionales. Acerca de este punto, las indicaciones de Pasquino son claras. Muy cauto respecto de las virtudes del presidencialismo, no duda de que el único mecanismo que puede garantizar representatividad de los intereses y eficacia en las decisiones es el de la "alternación". Su ausencia en el sistema italiano está en el origen de la osificación de la clase di-

rigente y de la desincronización entre demanda y respuesta política. Pero existen aquí otras correcciones cuya aplicación en nuestro sistema sería deseable: a] la total incompatibilidad entre cargos públicos electivos de cualquier nivel y actividades profesionales al servicio del Estado bajo cualquier forma; b] plazos temporales rigurosos en el ejercicio de las funciones políticas. Más allá de la validez de estas indicaciones particulares, lo que merece ser subrayado en este punto es nuevamente la instancia de fondo que las dicta: volver a entregar los máximos recursos de control y reclamación políticos a la masa de los ciudadanos. El esquema input/output político vuelve a plantearse en la fórmula "democracia en entrada" y "democracia en salida". Indudablemente el autor evita, en todo su trabajo, hacer de ambos elementos una contraposición o alternativa, dejando entender que la democracia en salida (es decir, la capacidad de tomar decisiones eficaces) es directamente proporcional a la de entrada.

Es difícil rechazar una tesis formulada en términos tan generales. Tiene el mérito de la claridad y de la fuerza polémica contra teorías más ambiguas de la democracia, basadas en la simple instancia de los "procedimientos". Sin embargo, es indudable que el científico político y social, al llegar al final de la lectura, quisiera saber más y con más exactitud acerca de los mecanismos efectivos, acerca de los costos y recursos de esta "democracia en entrada y salida". Tal vez sea válida aquí la observación hecha al comienzo de esta nota respecto de los diferentes lectores del libro. Para el científico social se trata, nuevamente, de un conjunto de estímulos para el arranque, más que de una síntesis interpretativa articulada.

Carlo Donolo y Franco Fichera: "Introducción" a *Il governo debole. Forme e limiti della nazionalità politica*. Bari, De Donato, 1981.

Bastante más ambicioso y elaborado es el análisis de Carlo Donolo y Franco Fichera en su "Introducción" de un centenar de páginas a algunos textos de politólogos y sociólogos alemanes, reunidos en *Il governo debole*.

Forme e limiti della nazionalità politica. El enfoque no es politológico en el sentido convencional y técnico de la palabra, porque involucra toda la dinámica económica, social y política de los sistemas contemporáneos. El "gobierno débil" es considerado, en efecto como la resultante última y más visible de una situación endémica y global en crisis.

La "crisis", por lo tanto, es el verdadero objetivo del ensayo, aun cuando no sea tratada temáticamente con el aparato habitual de las abundantes "teorías de la crisis" de estos años. La argumentación es afrontada de manera indirecta y mediata, con un lenguaje construido con aportes diversos, unificados por un tenue código sistémico. Digamos desde ya que sería incorrecto —tanto en lo bueno como en lo malo— atribuir a los autores la pretensión de ofrecer una metodología específica de análisis de tipo sistémico o de otro tipo. Proceden de manera en gran parte discursiva, basándose en elementos analíticos de diversa naturaleza. El propio concepto de crisis sólo llega a su centralidad al final, iluminando retrospectivamente anotaciones y pasajes que podrían conducir a conclusiones totalmente distintas.

El primer capítulo se titula "De las teorías sobre la 'crisis de gobernabilidad' al gobierno político como

problema". El título anuncia la intención de los autores de ir más allá de los habituales esquemas interpretativos de la crisis política, ampliando las indicaciones planteadas por Claus Offe en un conocido ensayo sobre la "ingobernabilidad" (publicado en el número extraordinario de 1981, de la *Revista Mexicana de Sociología*), con el cual se inicia oportunamente la serie de ensayos reunidos. La intención de esa superación se basa en la comprobación de la "discrepancia entre crecientes problemas y demandas a que es expuesto el sistema político-administrativo (creciente necesidad de gobierno) y limitadas capacidades de respuesta (limitadas capacidades de gobierno)" (p. 9). O bien en un pasaje más denso:

La amplitud, la dimensión y la complejidad de las tareas del Estado y de los aparatos burocráticos se conjugan con una estructura institucional fragmentada y segmentada, una percepción selectiva de los problemas, con una interacción con el sistema de las organizaciones de los intereses, con decisiones puntuales, particularistas, incoherentes y a corto plazo y, por consiguiente, con una falta de orientación a largo plazo. Todo esto conduce a una situación en la cual el sistema político-administrativo, que debería ser el instrumento de planificación y de gobierno, se presenta, más que como solución, como problema (p. 27).

No es exagerado decir que todo el trabajo de Donolo y Fichera consiste en la declinación y replanteo de estas tesis. Con base en ellas son criticadas todas las pretensiones de "solución" política, tanto de derecha como de izquierda. De hecho,

mientras que en las estrategias de derecha se considera elástica la presión de los problemas y de las demandas, la dimen-

sión y la complejidad de las funciones y tareas del Estado, y rígidas en cambio la capacidad de gobierno, en las estrategias racionalizadoras y de izquierda, por el contrario, se considera rígida la presión y la complejidad de las demandas, la dimensión y el crecimiento de las funciones y tareas del Estado, y elásticas en cambio las capacidades de gobierno (p. 18).

Las propuestas "racionalizadoras" mencionadas son aquellas que apuntan a la planificación tecnocrática centralizada y a intervenciones de ingeniería constitucional o, inclusive, a la creación de mecanismos de intermediación neocorporativa. Ninguna de estas iniciativas obtendría efectos de gobernabilidad significativos. La misma observación es válida para las soluciones "de izquierda", que apuntan a la movilización y politización democráticas para suprimir las "restricciones externas" a la acción del Estado, impuestas por la estructura del poder capitalista. Donolo y Fichera sintetizan la crítica contra esas estrategias con la perentoria afirmación de que la pretensión de pasar del diagnóstico de una crisis a terapias seguras "es perfectamente comprensible en la perspectiva de la acción estratégica de los actores políticos particulares; parece incongruente, en cambio, en la óptica del sistema social en su conjunto" (p. 19). Si no interpretamos mal, esto significa que no existen a nivel del sistema soluciones unívocas, sino pluralidad de perspectivas y de estrategias.

Esta afirmación, fundada sobre la diferenciación formal entre lógica de la acción estratégica y lógica del sistema, no es utilizada por los autores como punto de partida para indagar sobre los caracteres del nexo existente de vez en cuando entre sistema y actores. Se convierte, sin más,

en indicador de una situación endémica de crisis. Estamos ante uno de los muchos pasajes en los cuales Donolo y Fichera ponen en juego la plausibilidad de su argumentación. La clásica temática sustantiva de la crisis, desarrollada especialmente sobre el tronco del marxismo (de todos modos reexaminado y modernizado), es ahora recodificada en esquemas conceptuales pensados con una visión totalmente diferente. La "crisis" se llama ahora "complejidad".

Ante nexos problemáticos altamente complejos e interdependientes, ante sociedades fuertemente diferenciadas y organizadas, ante la amplitud y complejidad del sistema político-administrativo mismo, el gobierno político en sentido estrecho (en la concepción racionalizadora) y la política en sentido amplio (en las concepciones de izquierda) presentan límites y dificultades para proyectar y realizar racionalizaciones, reformas, transformaciones. Es decir, ante sociedades altamente complejas y diferenciadas, la capacidad de gobierno y de reforma del sistema político-administrativo depende del hecho de que disponga o no de una *requisite variety* igualmente compleja, diferenciada e interdependiente. Esto, sin embargo, no es algo dado. Más bien se manifiesta un desnivel estructural entre necesidad de gobierno y capacidad efectiva de gobierno (p. 22).

El fragmento citado es típico del texto que estamos examinando, incluso por el estilo que reitera, amplifica, hace énfasis, para poder demostrar. Tomemos la empeñosa referencia al *requisite variety* [variedad necesaria]. A primera vista, y según el contexto citado, parecería que los autores sostuvieran el principio de que, para dirigir la complejidad, es necesario un gobierno complejo. Luego dicho principio es desestimado de hecho ("esto, sin embargo, no es algo

dado"). Pero permanece en la oscuridad porque ese dato de hecho no podría considerarse contingente, o bien porque debe excluirse la posibilidad de un gobierno que esté en condiciones de cumplir con el requisito de la variedad. En verdad, este principio es mencionado por nuestros autores en términos demasiado generales como para que pueda demostrarse algo acerca de la tesis de que "la política es la gestión del descarte entre las dos complejidades, y no lo puede eliminar" (p. 96). Por definición, en un enfoque que utiliza instrumentos analíticos sistémicos, el gobierno es el mecanismo de reducción de la complejidad social, y la política es el proceso continuo y contingente de la supresión de desnivel entre necesidad de una dirección política y prestación efectiva de gobierno —desnivel irreductible por definición. Pero en Donolo y Fichera esta comprobación adquiere un sentido enfático: la contingencia de la prestación de gobierno se absolutiza en la imposibilidad de gobierno. Interviene aquí de modo transparente un residuo de pretensión totalizante. ¿Qué valor analítico y operativo tiene la afirmación de que todo gobierno choca con límites insalvables a causa del déficit de racionalidad y de orientación a largo plazo o del déficit de consenso, si tales limitantes son enunciados en términos prácticamente absolutos? Declarar que no pueden satisfacerse las exigencias de información, consenso, decisión racional de largo aliento, implementación coherente, sin ofrecer pautas respecto de las cuales sea posible un gobierno, significa reproducir el antiguo vicio totalizante con otro lenguaje. De esta manera, los agudos análisis de detalle de autores tan distintos como Scharpf y Luhmann, Mayntz y Crozier/Friedberg, privados de su planteo teórico

y valorativo de arranque, son proyectados en un contexto que mantiene implícitos sus postulados de fondo. Solamente en los últimos párrafos del ensayo, donde se abre camino la exigencia de una "política de la transformación", se hace explícito el motor de toda la operación. Pero coherentemente no puede expresarse más que en negativo, en el signo de la "despotenciación real de la dialéctica". Es empresa desesperada mantener abierta la instancia de la dialéctica en un código sistémico.

Existen al menos otros dos aspectos del ensayo que merecen atención crítica. El primero concierne a la coexistencia en las sociedades contemporáneas de "más lógicas, de más principios organizativos, de más modelos" (p. 31) y, de ahí, la figura del gobierno político como "combinación siempre precaria y relativamente reversible de mercado, politización (o democracia) y Estado" (p. 34). Esta última expresión domina con escasas variantes todo el capítulo II, dedicado precisamente al "gobierno débil". El cuadro es riquísimo en puntos de partida críticos. El gobierno político aparece como la resultante de procesos de interacción no establecida e imprevisible entre gobierno central y "gobiernos parciales" (definidos a su turno por los mecanismos del intercambio político, de la interacción pluralista, de la praxis corporativa). La gestión gubernamental es dominada por la preferencia por ciclos políticos menores, por políticas reactivas, sectoriales, fragmentadas, incrementales, marginales, de las intervenciones sobre los síntomas. En este análisis notamos una vez más el característico modo de proceder de Donolo y Fichera. Los materiales analíticos y críticos, puestos a disposición por los estudiosos extranjeros que hemos mencionado, son tratados de una manera idónea para "demos-

trar" una "situación de crisis social endémica" (p. 82), en un sentido sustantivo evidentemente extraño a los textos originales.

En este punto los autores se preguntan cómo salir de esta situación. Estamos en los pasajes que introducen "la acción estratégica de naturaleza política" en contra de una racionalidad estática, de tipo sinóptico *a priori* o adaptativo *a posteriori*, que tiende a conservar y consolidar el *statu quo*.

Los autores hablan de

co-presencia en la acción estratégica de los actores particulares, de autonomía y heteronomía, del modelo de racionalidad sistémica *a posteriori*, de identidad y contexto problemático e interactivo, que constituyen precisamente la dimensión material, social y temporal de la acción estratégica política. Se trata, para el sujeto, de resolver los problemas en interacción con otros sujetos políticos (p. 42).

Sabemos lo difícil y problemático que es establecer el papel y el estatus del "sujeto" social y político en un enfoque sistémico en sentido lato, sobre todo si a través de él vuelven a ponerse de hecho en circulación las identidades tradicionales de las formas políticas y partidarias existentes. Nuestros autores no parecen particularmente preocupados por el hecho de introducir la temática del sujeto, con la ayuda de rápidas referencias a las tesis de Crozier y Friedberg. Su preocupación es eminentemente práctico-política. "¿Cómo es posible actuar en el contexto material y social de las sociedades complejas, sin quedar paralizados y neutralizados por los vínculos o confinados a funciones prefijadas? ¿Cómo es posible la innovación? La respuesta está en la acción estratégica de naturaleza política" (p. 41). Y dicha acción "se constituye en la interiorización de las contabilidades de los

sistemas complejos y en la autonomía de los sujetos políticamente competentes" (p. 43). En palabras insuficientes, los sujetos políticos en condiciones de innovar son aquellos que mantienen su propia autonomía, no adaptándose sino "interiorizando" la complejidad. Junto a esta preocupación/recomendación política, existe otro aspecto más francamente teórico que postula la introducción del sujeto.

El sistema político no resulta racionalizable [sic] con referencia al sistema social global, porque en este nivel falta un sujeto de referencia al cual se le pueda imputar una acción estratégica inteligente [...] Las terapias, en cambio, son hipotetizables solamente en el nivel de la acción estratégica de los actores políticos individuales [...] Los que "salvan" el sistema político o innovan y se activan, son los actores políticos con su acción estratégica (pp. 83-84).

En estas consideraciones me parece importante no tanto la comprobación de que la acción es prerrogativa de los actores políticos individuales, como la falta de un sujeto que pueda servir de referencia a la lógica del sistema en su conjunto. No sólo no existe ya el sujeto histórico, sino tampoco la ficción de un actor estatal unitario. En consecuencia, el cuadro final ofrecido por Donolo y Fichera es el de un proceso social y político extremadamente fluido, mar-

cado por tres grandes elementos y momentos: el momento "material" de la "crisis social", el momento de los sujetos empíricos que actúan estratégicamente y el resultado del "gobierno débil". Se trata de elementos que "interactúan, por cierto, pero de manera no lineal", caracterizada por discontinuidades, fracturas, complejidad creciente.

Para concluir señalo la nota 29 en las pp. 96-97, que contiene, si no la clave de la lectura, al menos la motivación profunda de todo el ensayo.

Con el crisis del marxismo y de las teorizaciones vinculadas a él, se ha vuelto difícil fundamentar de manera fuerte la exigencia de la transformación e indicar sus condiciones de posibilidad. Bodei habla precisamente de "proyecto dialéctico débil". Se ha vuelto incierta toda la línea contradicción-crisis-subjetividad-demanda de gobierno innovador.

El trabajo de Donolo y Fichera es la tentativa de superar el debilitamiento del proyecto dialéctico recurriendo a nuevos planteos cognoscitivos, al menos para el aspecto analítico. Pero la traducción de la "crisis" como "complejidad" se queda a medio camino entre una imposible reactivación de la instancia dialéctica clásica y una nueva y deseable meditación, más sobria, de los modos de funcionamiento y no funcionamiento de los sistemas contemporáneos.

Gian Enrico Rusconi